

## EDUCAR EN LA JUSTICIA, EL PENSAMIENTO DEL PAPA EMÉRITO BENEDICTO XVI

EDUCATE IN JUSTICE, THE THOUGHT OF THE EMERITUS POPE BENEDICTO XVI.

### **Julia Sequeida Y.\***

Magíster en Educación. Profesora Asociada. Facultad de Educación de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

### **Patricia Masalán A.**

Magíster en Salud Pública. Profesora Asociada Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile.

### **Hortensia Morales C.**

Académica. Facultad de Ciencias. Universidad de Chile.

---

### **RESUMEN**

*Acorde al llamado que hiciera el Sto. Padre Benedicto XVI a colaborar en la educación de los jóvenes en la justicia y la paz, los educadores de todos los niveles educacionales están directamente interpelados a colaborar a través de la configuración de modos didácticos de acercamiento a la concepción cristiana de justicia. El rescate y análisis pedagógico de testimonios de intelectuales que han contribuido con su vida y con sus obras a la manifestación concreta de las principales dimensiones de la justicia, puede constituir una alternativa de acercamiento a la multidimensionalidad de la concepción de justicia. Para tal efecto, se ha desarrollado un análisis hermenéutico de documentos escritos por el papa Benedicto XVI, con la finalidad de explicitar los factores y valores implicados en la concepción cristiana de justicia y a la luz de estos se han contrastado los testimonios de cuatro pensadores cristianos: León Bloy, Irena Sendler, Enrique Salas y Alexis Carrell. Ha sido factible destacar que si bien trabajaron en distintos campos de especialización, ellos y ella encarnaron algunas dimensiones y valores asociados a la justicia, como la justicia social, la fraternidad, la caridad y la relación entre justicia y democracia. **Palabras clave:** Justicia, fraternidad, caridad, educación en justicia*

### **ABSTRACT**

*According St. Pope Benedict XVI called to all educational levels teachers for to assist in the youth education in the justice and peace, are directly concerned to collaborate through the configuration of teaching modes of approach to the christian conception of Justice. The rescue and educational analysis of testimonies of intellectuals - who contributed with his life and his works to the concrete manifestation of the main dimensions of the justice can constitute an alternative approach to the multidimensionality of the concept of Justice. For this purpose, a hermeneutic analysis of documents written by Benedicto XVI, in order to explain the factors has developed and values involved in the christian Justice conception in the light of these, have contrasted the testimonies of four christian thinkers, León Bloy, Irena Sendler, Enrique Salas and Alexis Carrell. It has been possible to highlight that even though they worked in different specialization fields, they and she embodied some dimensions and values associated with justice, as social justice, fraternity, charity and the relationship between justice and democracy. **Key words:** justice, fraternity, charity and justice education*

*Artículo producido en el marco de la investigación: Concepción de justicia en obras de S. S. Padre Benedicto XVI y concreción de esta en Bloy, Sendler, Salas y Carrell. Esta investigación ha sido patrocinada y financiada por la Dirección de Pastoral y Cultura Cristiana y la Vicerrectoría de Investigación. Pontificia Universidad Católica de Chile.*

\* Correspondencia e-mail: jsequeid@uc.cl

### LA EDUCACIÓN EN LA JUSTICIA DESDE LA PERSPECTIVA CRISTIANA

La educación en justicia no es una nueva modalidad de desarrollar los procesos educativos, muy por el contrario, en la historia de la educación ha estado presente la misión de colaborar en la formación de las personas como ciudadanos de una comunidad o país, que aspira a incentivar la apropiación y vivencia de los valores fundamentales, entre estos la justicia y la equidad. No obstante, en el devenir de la sociedad, la presencia de la justicia ha estado limitada por una multiplicidad de variables que hacen que aún se perciba la necesidad de persistir, y con mayor afán, en el ideal de alcanzar la construcción de una sociedad justa.

Acorde a las racionalidades y construcciones sociales de justicia, la educación persigue un modelo de sociedad y de individuo, cuya orientación está sustentada hacia la formación de ciudadanos capaces de ejercer libre y responsablemente sus derechos y deberes, en pos de una vivencia constructiva en la comunidad. Las distintas concepciones de justicia, que han estado presente a lo largo de la historia de la humanidad, han convergido en la necesidad de contar con una cierta regulación de la convivencia social. Tales regulaciones han otorgado las bases para alcanzar modos de organización sociopolítica, sustentados en lo jurídico como medio de aplicar la justicia para sostener el equilibrio entre los integrantes de la sociedad, y así asegurar un marco adecuado para la actuación social. De esta forma, para los griegos la justicia constituía una condición fundamental del modo de organizar la sociedad. El énfasis estaba dado en la mantención del orden entre los ciudadanos, adquiriendo un valor sociopolítico imprescindible. Para Platón, *“la justicia debía permitir la armonía social, en cuyo caso tendrían que gobernar los más justos y sabios”*<sup>1</sup>. De acuerdo con Aristóteles, *“la justicia debería permitir dar a cada uno lo que es suyo o proporcionalmente lo que le*

*corresponde, acorde a su contribución a la sociedad, sus necesidades y mérito*<sup>2</sup>. Por su parte, la concepción propuesta por Sto. Tomás<sup>3</sup> profundizó en la dimensión ética de la justicia, en la que no solo integró la perspectiva del derecho natural, sino que expuso la relación entre justicia y dignidad, asumiendo los deberes y derechos que tal dignidad confiere a la persona. De esta forma, Sto. Tomás avanzó más allá de la máxima clásica de *“a cada quien lo suyo”* o como lo planteó Platón<sup>4</sup>, *“dar a cada uno lo que le corresponde”*, enfatizando en los principios éticos y morales emanados del Evangelio, en función de ir construyendo un comportamiento justo y recto en las relaciones con el prójimo y, por supuesto, consigo mismo; sin desconocer que tal posibilidad deviene de la misericordia y del amor de Dios hacia los seres humanos, que en amorosa espera para entregar la gracia y el perdón. En este sentido, para San Agustín<sup>5</sup> lo esencial es amar, ya que es el amor lo que da la dimensión de justicia a la misma justicia.

Si bien hay puntos en común en la concepción del Evangelio con la perspectiva secular que ha primado en los últimos siglos en la cultura occidental, la justicia cristiana se orienta hacia la salvación; el Señor no abandona al ser humano, sino que le otorga innumerables posibilidades de redención a través de Jesús, quien vino a cambiar radicalmente la relación con Dios. Jesús modificó la visión judaica de justicia de su época, al otorgarle una dimensión trascendente al comportamiento justo. Desde la perspectiva cristiana la justicia se vincula con la fe en Jesucristo. De igual manera lo ha enfatizado el Sto. Padre Benedicto XVI al recordar las vinculaciones de la justicia con la caridad y la misericordia. Esta dimensión de la justicia es la que el Papa emérito ha señalado como eje de la educación en la justicia y la paz. Su llamado es a compartirla, enseñarla y difundirla entre los jóvenes, por ser ellos la simiente de la renovación de la sociedad. Ha destacado que de los

jóvenes llega hoy “una nueva esperanza” frente al “sentimiento de frustración por la crisis” que afecta a la sociedad, la economía y el trabajo. Esta convicción marca la búsqueda de modalidades de rejuvenecer el modo de ser cristiano y ha inspirado el mensaje para la 45ª Jornada Mundial de la Paz. Destacó la imperiosa necesidad de establecer un diálogo entre una cultura marcada por fenómenos asociados al materialismo e individualismo y la sabia nueva del Evangelio.

Pero este diálogo ha de alcanzar no solo una mirada comprensiva, sino que iluminadora, que clarifique cómo se puede vivir más fielmente las enseñanzas del Evangelio en una época tan compleja como la actual. El Sumo Pontífice ha señalado al respecto que: “no podemos ignorar que ciertas corrientes de la cultura moderna, sostenida por principios económicos racionalistas e individualistas, han sustraído al concepto de justicia sus raíces transcendentales, separándolo de la caridad y la solidaridad: La ‘ciudad del hombre’ no se promueve solo con relaciones de derechos y deberes sino, antes y más aún, con relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión. La caridad manifiesta siempre el amor de Dios también en las relaciones humanas, otorgando valor teológico y salvífico a todo compromiso por la justicia en el mundo”<sup>(6)</sup>.

La promoción de la justicia en la sociedad, respetando los rasgos idiosincráticos, culturales e históricos de cada país, aborda una cuestión central relacionada con la legitimización de los derechos individuales, como miembros de esa sociedad. Si bien cabe mucha discusión al respecto, sí existen y han existido modos de vivenciar la justicia, que requieren estar permanentemente analizados y mejorados, en función de lo que implica el balance social, necesario para dar las oportunidades de crecimiento y desarrollo a las grandes mayorías. En este sentido, la educación constituye el eje de formación fundamental para ir mejorando las estructuras sociales

en pos del logro de un crecimiento continuo y de mayores niveles de paz social. Al respecto, Benedicto XVI (2012) ha señalado que: “Educar a los jóvenes en la justicia y la paz es la tarea que atañe a cada generación y, gracias a Dios, la familia humana, después de las tragedias de las dos grandes guerras mundiales, ha mostrado tener cada vez más conciencia de ello, (...)”.

Educar en la paz forma parte de la misión que la Comunidad eclesial ha recibido de Cristo, (...) la exigencia de responder a un desafío tan decisivo como es el de la educación. ¿Por qué ‘desafío’? Al menos por dos motivos: en primer lugar, porque en la era actual, caracterizada fuertemente por la mentalidad tecnológica, querer no solo instruir sino educar es algo que no se puede dar por descontado, sino que supone una elección; en segundo lugar, porque la cultura relativista plantea una cuestión radical: ¿Tiene sentido todavía educar? Y, al fin y al cabo, ¿para qué educar?”<sup>4</sup>.

Los desafíos mencionados por el Papa emérito contribuyen a impregnar de una nueva vitalidad a la educación en la justicia, en la medida en que su defensa crece en un corazón justo, que está en el proceso de construir una relación de acogida al Evangelio, abriendo la mente y el corazón para que el mensaje cristiano realice su obra de amor vinculante a través de la solidaridad, la compasión, la misericordia, el respeto y el recto uso de la libertad. Tales condiciones han sido explicadas por Levinas desde la perspectiva de la alteridad, en la que enfatiza en el hecho de que cada persona está “cogida” con el Infinito<sup>7</sup>, que constituye la esencia de la relación humana paritaria y justa. Se reconoce en el alterno los rasgos distintivos y distintos, con diferentes talentos y limitaciones, aunque con amplias condiciones para colaborar y participar en la sociedad. El respeto al otro, distinto de uno, da cabida a un “nosotros”, unidos por la filiación con el Padre, que en la medida en que madura y crece la aceptación y vivencia de la filiación común hace factible que la alteridad

alcance su dimensión más excelsa en el amor. *“El amor –caritas– es una fuerza extraordinaria, que mueve a las personas a comprometerse con valentía y generosidad en el campo de la justicia y de la paz”*<sup>8</sup>. El amor caritativo, entendido como gratuidad, va originando la necesidad de salir al encuentro del otro para ir construyendo una comprensión más profunda de la persona tanto en sus derechos como en el grado de responsabilidad con los otros. *“Los hombres renovados por el amor de Dios son capaces de cambiar las reglas, la calidad de las relaciones y las estructuras sociales: son personas capaces de llevar paz donde hay conflictos, de construir y cultivar relaciones fraternas donde hay odio, de buscar la justicia donde domina la explotación del hombre por el hombre. Solo el amor es capaz de transformar de modo radical las relaciones que los seres humanos tienen entre sí. Desde esta perspectiva, todo hombre de buena voluntad puede entrever los vastos horizontes de la justicia y del desarrollo humano en la verdad y en el bien”*<sup>8</sup>.

La búsqueda del bien común supone que la sociedad asegure la resolución de las necesidades básicas para la subsistencia y una vida digna en cualquier circunstancia.

Ante las carencias evidentes para lograr tal condición, el Papa emérito ha aludido a los conceptos de subsidiariedad y solidaridad, dando una orientación focalizada a la resolución de temas tan álgidos, *“como la reducción de las desigualdades en la distribución de los bienes, la extensión de las oportunidades de educación, la promoción de un crecimiento y de un desarrollo sostenible y la protección del medio ambiente”*<sup>9</sup>. De esta forma, definió la solidaridad como *“la virtud que permite a la familia humana compartir en plenitud el tesoro de los bienes materiales y espirituales y la subsidiariedad es la coordinación de las actividades de la sociedad en apoyo de la vida interna de las comunidades locales”*<sup>9</sup>. Ambos factores ponen

en el centro el servicio al desvalido: *“En este sentido la solidaridad auténtica, si bien comienza con el reconocimiento del igual valor del otro, se realiza solo cuando pongo voluntariamente mi vida al servicio del otro. Esta es la dimensión «vertical» de la solidaridad: soy impulsado a hacerme menos que el otro para satisfacer sus necesidades, precisamente como Jesús “se humilló” para permitir a los hombres y a las mujeres participar en su vida divina con el Padre y el Espíritu”*<sup>9</sup>.

La solidaridad alcanza una dimensión ética profunda en la medida en que *“sociedad que honra el principio de subsidiariedad libera a las personas de la sensación de desconsuelo y de desesperación, garantizándoles la libertad de comprometerse recíprocamente en los ámbitos del comercio, de la política y de la cultura. Cuando los responsables del bien común respetan el deseo humano natural de autogobierno basado en la subsidiariedad, dejan espacio a la responsabilidad y a la iniciativa individual, pero sobre todo dejan espacio al amor, que sigue siendo siempre “la mejor vía de todas” (1Co 1(2), 31)”*<sup>9</sup>.

En este sentido, la solidaridad alcanza una dimensión estructural de la vida social y personal, que implica una consideración distinta ante las carencias del desvalido, admitiendo la necesidad de considerarla como rasgo estructural de la sociedad para el logro del bien común. De esta forma, la solidaridad como *“relación de donación, propia de la fraternidad”* (Benedicto XVI)<sup>9</sup>, emerge como un factor imprescindible, de carácter ético, que llama de manera permanente a compensar las carencias de todo orden de los grupos más necesitados. Por tanto, supone una formalización que integre la acción individual con la social, cuyo eje de sustentación tendría que estar anclado en la formación de la conciencia a través de la educación formal, de manera que permita su adhesión a través de la comprensión de sentido y de los modos de vivenciar tal dimensión de la justicia.

En suma, en palabras de Benedicto XVI, “la justicia, vivida en todas las dimensiones de la vida, privada y pública, económica y social, precisa ser sostenida por la subsidiaridad y la solidaridad y, más aún, estar animada por la caridad. “Según el principio de subsidiaridad, ni el Estado ni ninguna sociedad más amplia deben suplantar la iniciativa y la responsabilidad de las personas y de las corporaciones intermedias». La solidaridad es garantía de la justicia y la paz, de la unidad, pues tiende a que «la abundancia de unos supla la falta de los otros” Porque si «la justicia es virtud que distribuye a cada uno su propio bien... no es la justicia del hombre la que sustrae el hombre al verdadero Dios”<sup>9</sup>.

La educación de los jóvenes en la justicia caritativa requiere, entre muchas condiciones, la presencia motivadora de ejemplos modélicos, que en distintos contextos y con formaciones culturales también diferentes, hayan manifestado en su vida y en sus obras los valores asociados a la vivencia cristiana de la justicia. Tales ejemplos podrían colaborar en distintos ámbitos de la formación humana y, específicamente, en la sensibilización ante la fortaleza manifestada por personas que derribaron los diversos obstáculos que irrumpen en la vivencia de los valores cristianos y que crearon caminos hacia el diálogo entre una cultura marcada por fenómenos asociados al materialismo, secularismo, ideologización extrema e individualismo y la sabia nueva del Evangelio.

Por tal razón, se analizará la forma cómo vivenciaron la justicia pensadores como León Bloy, Irena Sendler, Enrique Salas Silva y Alexis Carrell. Interesa mostrar un acercamiento formativo hacia el itinerario que construyeron en sus vidas para dar testimonio de que es posible vivir la justicia desde la perspectiva del amor caritativo y la fe en Jesús. Estos testimonios dan cuenta del profundo grado de consistencia con la concepción cristiana de justicia, propuesta por el Papa Emérito Benedicto XVI.

## 1. León Bloy

### 1.1 La vivencia de la justicia

León Bloy fue un escritor literario francés, de principios del siglo XX y, aunque vivió entre 1846 y 1917, su pensamiento está plenamente vigente y contiene valiosos aportes para educar a los jóvenes en la justicia. Impactó en su época no solo por la gran coherencia que logró valerosamente entre su concepción religiosa y ética y el modo de conducir su vida, sino que también porque puso sus talentos al servicio y a la defensa de los más desposeídos. Su legado ejemplar estuvo sustentado en el gran esfuerzo que realizó por seguir las enseñanzas de Jesucristo y su gran devoción a la Virgen María. Las apariciones de la Virgen en La Salette tuvieron un impacto singular en Bloy, a tal punto que se convirtió al cristianismo, luego de sobrellevar una juventud un tanto errática y no muy productiva. El proceso de conversión de León Bloy estuvo acompañado por algunos amigos, quienes consolidaron su decisión. A su vez, él también contribuyó en la conversión de varias personas, siendo la más difundida la de Jacques Maritain.

Cabe mencionar que el universo narrativo de León Bloy considera los problemas de su época, particularmente los que están relacionados con *la justicia social*<sup>10</sup>. Su controversial decir literario le sirvió de medio para dar a conocer las casi insalvables brechas socioculturales y económicas de Francia de principios del siglo XX. Esto le valió la admiración de algunos y el rechazo de muchos. Estos últimos intentaron hundirlo en un ostracismo inmisericorde, a tal punto que en innumerables acápites de sus obras y, particularmente, en su *Diario*, develó el profundo pesar que le provocaron tales condiciones de vida; no obstante esto, se mantuvo fiel a sus convicciones, que no está de más señalar fueron fruto de un doloroso peregrinar. En uno de los textos de su *Diario* develó el doloroso proceso de construcción personal que enfrentó durante toda su vida: “He sufrido mucho

*por la verdad, cuando hubiera podido, como tantos otros, prostituer mi pluma y vivir en la abundancia, gozando de los bienes del mundo. No me han faltado ocasiones, pero no quise traicionar a la justicia y preferí la miseria, la oscuridad y los tormentos indecibles. Es indudable que todo esto me hace acreedor al respeto...*"<sup>10</sup>.

Su vasta obra está construida sobre algunas ideas nucleares que vuelven a aparecer de manera persistente y controversial, particularmente en los ocho tomos de su *Diario*. Bloy representó el lamento de quien se atormentaba ante la injusticia, y se convirtió en el látigo fustigante que aspiraba a remecer a una sociedad que estaba ocupada en otros menesteres. De esta forma, la caridad, como amor al desprotegido, va apareciendo en el trasfondo de sus obras, cuya finalidad era conmover la conciencia de los lectores ante la imposibilidad de soportar la ausencia de Dios en el mundo. Sus críticas estuvieron dirigidas en contra de una forma de vida social superficial, basada en un cierto grado de indiferencia ante el que sufre. Tal indiferencia estaba encubierta en un discurso social pletórico de bellas expresiones, conformado por la reiteración de palabras comunes, pero vacías de reales deseos de llevarlas a la práctica. Su libro *La exégesis de los lugares comunes* le permitió demostrar la profunda brecha entre las enseñanzas del Evangelio y el modo de desarrollar la vida sin deseos de alcanzar los más mínimos niveles de justicia.

## **1.2. Evolución de su pensamiento en torno a la justicia**

Al acercarse al pensamiento de León Bloy es necesario tener presente que solo la posteridad está haciendo justicia con su figura y su obra. Tuvieron que pasar más de cincuenta años para que lentamente se reconociera la relevancia de su legado cultural, no solo literario, sino que se constituyó en uno de los grandes pensadores conversos y defensor de los más desvalidos, a quienes dedicó su quehacer

literario: "*Lleve mi libro al conocimiento de los pobres, usted me comprende, me refiero a ese rebaño doliente en el que nadie piensa, y que no inspira compasión a nadie: me refiero a los generosos que no conocen la verdad, las bellas almas errantes que tendrían necesidad de un albergue de luz. Tenga piedad de este rebaño que muere de sed a orillas de los ríos del paraíso*"<sup>11</sup>.

Al leer su obra con la mirada de hoy, resulta ser contemporánea, universal y cercana a los problemas sociales que aquejan a la sociedad del siglo XXI, por lo que su pensamiento ilustra, en alguna medida, la realidad actual. Sus aportes son significativos por sí mismos, pero se realzan al saber que fue un autodidacta en todos los ámbitos de la formación humana, puesto que creció en una familia despreocupada de la formación de los hijos, y, particularmente, en el ámbito religioso. Realizó importantes esfuerzos de autoconstrucción cultural en la que la influencia de algunas amistades, como el poeta Barbey D'Aurevilly, contribuyeron a que saliera del marasmo provocado por la falta de fe y por las misérrimas condiciones de vida en las que estaba sometido. Incluso en ese periodo de su vida –1871– se había declarado enemigo del cristianismo. La constructiva amistad con D'Aurevilly lo ayudó a vislumbrar el camino de la conversión y que además se transformó en su mecenas al sacarlo en múltiples ocasiones de la miseria material. En este proceso formativo también lo guió el abate Tardif de Moidrey, quien le enseñó la exégesis simbólica, método de análisis que produjo en Bloy un reenfoque hacia un amplio universo de conocimientos, que más tarde fundamentarían su concepción sobre la caridad. De esta forma, descubrió el cristianismo a través de sus amigos. Tal descubrimiento le produjo un remecimiento interior de tal magnitud, que creyó estar llamado hacia la vida contemplativa en La Trapa; sin embargo, al poco tiempo, se dio cuenta que si bien no estaba preparado para la

vida monástica, sí se habían abierto unas compuertas en su corazón que lo llevaron a la fe y a reconocer la manifestación del Espíritu a través de los otros, como lo reconocería años más tarde, al señalar que *“hay criaturas que Dios ha formado para mandarlas en el momento oportuno, a aquellos de sus amigos, a quienes las tristezas afligen”*<sup>12</sup>.

### 1.3. La justicia en medio de la pobreza

La coherencia de vida que alcanzó tiene un singular mérito, ya que mantenerse fiel a la fe en medio de dolorosas privaciones, alcanza un valor inconmensurable. Muchos lo criticaron por dedicarse a la labor literaria al ser tan carente de bienes materiales, señalando que debió trabajar en otras áreas más productivas que la literatura. Pero estas recriminaciones encerraban un doble propósito, desconocer su libre opción de dedicarse a su vocación y acallararlo debido a su desafiante estilo literario, a través del que expuso duras críticas a la sociedad de su época. Desafiar el estado de cosas le valió la descalificación de sus pares escritores, quienes ya habían alcanzado un renombre y sus opiniones eran respaldadas por la sociedad parisina. Fue casi desterrado por sus contemporáneos, sin que reconocieran el inmenso valor literario de su obra. Los ataques frontales que realizó en contra de escritores como Víctor Hugo, Goncourt y Emilio Zola, que representaban para Bloy la trivialidad en un contexto marcado por las grandes diferencias sociales, le trajeron graves consecuencias, a tal punto que tuvo dificultades casi insuperables para publicar sus obras y prácticamente se vio forzado a sobrevivir de la caridad de sus amistades. Las editoriales rechazaron continuamente sus trabajos, aunque tácitamente reconocían la calidad de los mismos. Tuvo plena conciencia del rechazo del que fuera objeto, llegando a declarar: *“tengo el inconveniente de ser tan furiosamente crítico y católico que toda la prensa, y la mayoría de los editores con ella, se apartan de mí*

*como de un apestado por el misticismo y la intolerancia”*<sup>13</sup>.

Aparentemente descuidaba a su familia al no poder brindarles el sustento básico; sin embargo, la escritura literaria cumplía un fin trascendente, que al final de sus días logró dilucidar, al concebirla como el camino de acceso hacia la reflexión mística, comprendiendo que la realidad del que nada tiene, encierra un profundo valor espiritual. Basta recordar sus palabras al respecto: *“La pobreza es crucificada, la miseria es la misma cruz. Jesús llevando la cruz es la pobreza llevando la miseria. Jesús en la cruz es la pobreza sangrando sobre la miseria”*<sup>13</sup>.

De esta forma, alcanzó a cabalidad *“la capacidad de aceptar el sufrimiento por amor del bien, de la verdad y de la justicia, que es constitutiva de la grandeza de la humanidad porque, en definitiva, cuando (mi) el bienestar, (mi) la incolumidad, es más importante que la verdad y la justicia, entonces prevalece el dominio del más fuerte; entonces reinan la violencia y la mentira. La verdad y la justicia han de estar por encima de mi comodidad e incolumidad física, de otro modo mi propia vida se convierte en mentira”*<sup>13</sup>.

El seguimiento de la cruzada que se impuso en su vida, marcó la persistencia en la búsqueda de un modo personal de ser fiel a las enseñanzas del cristianismo, lo que también le valió la admiración de muchas personas, entre quienes se destaca el matrimonio Maritain, Pierre van der Meer de Walcheren y su esposa, Pierre Tarmier, y otros más. Ellos recibieron la benéfica influencia de León Bloy y caminaron junto a él en su proceso de conversión, tal como lo develó Raïssa Maritain al señalar que compartían *“(…) el festín real de su caridad, escuchándole hablar de las maravillas de Dios. A veces su hija mayor Verónica, una niña de doce años, cantaba ingenuas y emocionantes melodías que había compuesto ella misma. Bloy se encantaba con los cantos de esta niña maravillosamente dotada y cuyo espíritu*

de recogimiento le impresionaba. La conversación era animada, espiritual y libre, y alegre a pesar de la constante melancolía de Bloy. La confianza fraternal, la simplicidad, el sentido evangélico y el espíritu francés establecían entre sus corazones una comunicación dulce y ligera, y les daba la ilusión de descansar un momento en un mundo más feliz que este planeta<sup>14</sup>.

Así como los amigos se deleitaron con su compañía, es preciso señalar que para el lector actual no es fácil entablar un diálogo con las obras de León Bloy. La lectura de estas no constituye una labor centrada en el entretenimiento, sino que demanda la exigencia de deponer el efecto preliminar que puede causar la agresividad expresiva, para descubrir la riqueza de un pensamiento reflexivo, cuestionador y profundamente iluminador. Sus críticas a la sociedad no son vanas ni tampoco infundadas, sino que pretendían conmover y sacudir la liviandad del pensamiento de su época y lo declaró abiertamente: "He estado en guerra con todos los poderosos, por haber amado la justicia sobre todas las cosas de este mundo, por haber escrito siempre la verdad, pese a todos los riesgos, por haber intentado determinar una corriente literaria nueva, para gloria del espiritualismo cristiano, contra todos los potentados..."<sup>13</sup>. Leer su obra implica estar dispuesto a sentir los continuos remecimientos de quien no pudo ahogar ni disminuir el profundo dolor que le provocaba la ausencia de amor, de justicia y de caridad.

El lector se ve enfrentado a una recriminadora representación de la realidad. Baste un ejemplo: "El del cristiano cabal que renuncia a cuanto tiene por amor de Dios antes de dar algo por su patria, puede contarse con los dedos de una mano"<sup>13</sup>.

#### **¿Exagera o solo presenta una situación que se ha hecho permanente?**

Al ir comprendiendo que las fustigaciones, los reclamos y las ironías guardan una sensibilidad artística altamente enriquecedora, es factible ir acompañándolo en su

itinerar en búsqueda de la caridad. Bloy persiguió lo que hoy se ha llamado justicia social, basada en la caridad cristiana. Entendió la caridad como el hacer justicia en beneficio de los más desvalidos. Y él lo hizo, defendiéndolos desde sus talentos literarios: "Si los que recibieron la investidura de la palabra se callan, ¿quién hablará por los mudos, por los oprimidos y los débiles? El escritor que no escribe por la justicia, es un despojador de los débiles, un ladrón"<sup>13</sup>. Duras y polémicas palabras, pero pletóricas de sentido y humanidad en la historia de vida y producción de un escritor que sintió con implacable fuerza el dolor de no poder llegar a ser un santo<sup>15</sup> tal como lo planteara en la última frase de una de sus obras más relevantes, *La mujer pobre*.

Para Bloy, la caridad es una forma de acercarse a la rectitud de pensamiento y acción, que se manifiesta en dar no solo bienes materiales, sino que en darse a sí mismo a través del acompañamiento, de la acogida que requiere el que nada tiene y que, por esto, es rechazado o relegado por la sociedad. En su vida lo demostró no solo con su familia, sino que en su entorno social. A pesar de que vivió en condiciones paupérrimas, su hogar estuvo permanentemente lleno de amigos y escritores, quizás más pobres que él y menos conocidos por la sociedad literaria, a quienes acogió y respetó. Les dio la palabra oportuna y el consejo sabio, por lo cual fue adquiriendo una fama apreciable, que fue divulgándose enormemente a tal punto que recibió cartas de personas de distintos lugares geográficos, quienes solicitaban su orientación. Pero más que consejos, contribuyó a que tantos, sus cercanos como otras tantas personas desconocidas, fueran descubriendo su vocación cristiana.

#### **1.4. El peregrinar caritativo**

León Bloy recorrió un largo camino para construir sus convicciones religiosas y éticas a medida que pudo ir comprendiendo el sentido trascendente de los

amargos hechos que le tocaron vivir. Su Diario entrega importantes antecedentes del trasfondo de su pensamiento, profundo pero marcado por una intensa desazón, casi desolación, que trasunta el hecho de que nunca creyó en él mismo, habiendo alcanzado una concordancia ejemplar con sus ideales de vida, sus convicciones cristianas y su modo de vivir. Siempre lo rondó la duda metafísica de sentir que perseguía una meta inalcanzable, lo que lo obligó a mantener una actitud de permanente búsqueda en torno a las formas de vivenciar la caridad, tan difícil de realizar en una sociedad que preconizaba lo que él denominó una *vivencia mundana*<sup>14</sup> de la vida, centraba en el logro de bienes materiales y con una especie de sordera espiritual, que impedía que emergiera la voz de la espiritualidad. Esta búsqueda lo llevó paulatinamente a descubrir la necesidad de aproximarse hacia lo absoluto, que si bien desde la niñez tuvo conciencia de su pequeñez, lo abrumaba la imposibilidad de la mente humana para poder comprender la inmensidad del amor de Dios. En este sentido declararía: *“Dios me ha dado el sentido, la necesidad, no sé cómo decirlo, el instinto del Absoluto, de la misma manera en que dio las espinas al puerco espín y su trompa al elefante. Es un don extremadamente raro del que he estado consciente desde niño, una facultad más peligrosa y aún más colmada de sufrimiento que el genio. Porque comprende un hambre insaciable y rapaz por lo que la tierra no tiene, y su efecto en el que lo posee es una ilimitada soledad. Podría haberme convertido en un santo y hacedor de milagros. ¡Pero me convertí en un hombre de letras!”*<sup>15,16</sup>. Esas ansias irrefrenables de acercarse a la esencia del ser, lo llevaron a sentir una cierta incapacidad de ser fiel al Evangelio. Esta encrucijada espiritual la representó en su personaje Cain Marchenoir, el protagonista de *El desesperado*, cuyo drama surge por el menosprecio de su padre y la indiferencia social que lo rodea. Este personaje representa *“un grito de angustia*

*para apresurar el advenimiento de la Justicia, que es el Amor”*<sup>17</sup>. A través de este personaje profundizó en la injusticia social, para luego acometer una empresa más relevante, buscar salidas para un entramado social complejo, configurando una concepción relativa a la causalidad compartida y responsable. Al respecto, partió de la premisa que si la carencia de justicia social es un problema moral que involucra a todos, las limitaciones que imponía la sociedad para alcanzar una vida más coherente con los valores, no constituían impedimentos insalvables para hacer presente la responsabilidad personal. Aludió que hacerse responsable de los más desvalidos implicaba traspasar la cotidianidad y hacer algo, siguiendo el sacrificio de Jesús, parecía decir Bloy, al indicar que: *“La pobreza agrupa a los hombres, la miseria los aísla. La pobreza está clavada a la Cruz; la miseria es la Cruz misma. Jesús cargado con la Cruz, es la pobreza llevando a la miseria. Jesús crucificado, es la pobreza derramando su sangre sobre la miseria.(...) Jesús paciente les enternece como lo haría una música evocadora”*<sup>16</sup>. En este contexto, la causalidad compartida alude, en gran medida, a la dimensión de la fraternidad implícita en la caridad, tal como lo ha expuesto el Papa emérito Benedicto XVI<sup>4</sup>, aunque con la diferencia que el Papa vislumbra en la caridad una concepción trascendente de la vida, al reconocer que el fin último es la redención. En tanto para Bloy, tal redención solo podría darse mediante una forma de expiación a través del dolor. Si bien los caminos hacia la redención difieren en algunos aspectos, ambos comparten una concepción providencialista. Para Bloy la concepción providencialista se fue plasmando a lo largo de su vida y tomó forma, en algunas oportunidades como hechos fortuitos; como, por ejemplo, la manera casual a través de la que conoció a quien sería su esposa y con quien alcanzaría un mayor equilibrio emocional. Tal evento, que cambiaría su vida, lo plasmó en su epistolario amoroso,

al señalarle a su amada que “estamos, pues, forzados a creer que el encuentro querido por Dios de nuestros dos corazones, absolutamente llenos de Él, es un acontecimiento muy considerable cuyas consecuencias pueden ser infinitas”<sup>15</sup>. Más adelante, confirmaría la presencia en su vida de la Providencia, al declarar que “la Providencia misericordiosa desplegaba silenciosamente su plan y me daba cuenta entonces de que todo se arreglaba de una manera admirable que yo no había esperado y que no habría sabido prever jamás”<sup>12</sup>.

Estas afirmaciones revelan cómo fue definiendo más acuciosamente una aproximación al amor infinito del Señor. En esa época las semillas del amor caritativo estaban sembradas, pero faltaba tiempo para que germinaran. Poco a poco fue aclarando sus concepciones hasta llegar a comprender que la caridad solo podría ser vivida en la entrega a la voluntad del Padre. En su doloroso devenir, asumió que los conflictos emergen cuando la persona se aparta del amor y que en su caso lo llevaron a actuar de manera impetuosa, como lo declaró con las siguientes palabras: “Soy sobre todo –no lo olvides jamás– un adorador y cuando he pretendido actuar de un modo distinto que por amor las operaciones del amor, me he visto siempre por debajo de las bestias”<sup>15</sup>.

En sus extensas reflexiones acerca de la relación del ser humano con el Padre, configuró un pensamiento místico, sin pretender generar una teoría mística, sino que su obra develaría el largo, y no menos doloroso, proceso de crecimiento espiritual de un hombre que tuvo la valentía de seguir el llamado de su alma, como único camino de alcanzar la verdadera grandeza que el ser humano puede alcanzar, la que no está en los honores, ni en los bienes materiales, sino que en cumplir la voluntad de Dios. Fueron largos años de lucha, y no solo por la subsistencia, sino contra todo aquello que encontró que estaba errado en el mundo, e incluso contra su propia naturaleza que en su juventud lo instó a

poner en duda la fe: “Yo perdí la fe muy pronto... La furia externa de las pasiones nacientes lo había dominado todo. Pasaron varios años así, durante los cuales el orgullo, la sensualidad, la pereza, la envidia, el desprecio, el odio más feroz se acumuló en mí...”<sup>15</sup>. Logró superar “la noche oscura del místico”<sup>18</sup> para que la caridad, como amor al desprotegido, lo elevará espiritualmente. Esta victoria le permitió darse cuenta que la vida es conducida por la Providencia y el ser humano crece en la medida en que dulcifica su carácter y se hace dócil a la voluntad del Padre. Este misterioso devenir guarda una riqueza asombrosa, en medio del sufrimiento, que al ser ofrecido y sobrellevado por la voluntad del Padre se convierte en nuevas instancias de crecimiento. Lo expuso poéticamente al señalar: “Es la espina dorsal, la médula de la vida moral. El amor se reconoce en esa señal. Alguien me ama cuando ese alguien acepta sufrir por mí o por mi causa. En otro caso, ese alguien que pretende amarme no es sino un usurero sentimental que desea establecer su ruin negocio en mi corazón. Una alma noble y desprendida persigue arrebatadamente, con delirio, el dolor. Cuando una espina la hiere, la clava aún más para no perder ni un adarme de la amorosa voluptuosidad que esta puede proporcionarle, desgarrándola más profundamente. ¡Nuestro Salvador Jesús padeció a tal extremo por nosotros que fue preciso, no cabe duda, un convenio entre su Padre y Él para que no nos fuese vedado, en adelante, referirnos sin más a su Pasión y para que la mera mención de ese Hecho no constituyera una blasfemia tan enorme que redujera el mundo a polvo!”<sup>15</sup>.

Sin haber tenido una formación filosófica o teológica sólidas, intuyó que la esencia del amor caritativo se fundamenta en la esperanza del amor de Dios a la humanidad, en el que reside el tesoro de la redención: “En toda alma hay un ‘abismo de misterio’. Cada cual tiene su precipicio que ignora y no puede conocer (...) Se te

*ha dicho que tienes un alma inmortal que hay que salvar, pero nadie te ha dicho que esta alma es un abismo en el cual todos los mundos podrían hundirse, en el cual el Hijo de Dios mismo, creador de todos los mundos, se ha hundido; que esta alma es el sepulcro de Cristo, por cuya liberación, en tiempos lejanos, tantos sacrificaron la vida.*

*Te han dicho también que Jesús murió por ti, por tu alma; sin embargo, no sabes que, aunque estuvieras sola en el mundo, si fueras la única hija de Adán, la segunda persona divina se habría encarnado y hecho crucificar por ti, como lo ha hecho por miles de millones de seres, y que por lo tanto eres particular e inefablemente preciosa, desde el momento en que el universo fue creado para ti (...) Ella demuestra una solidaridad humana tan divina, tan maravillosa, que es imposible a un ser humano no responder por todos los otros, en cualquier tiempo que ellos vivan, en el pasado o en el futuro”<sup>16,17</sup>.*

El seguimiento del itinerario realizado por Bloy para llegar a plantear el amor como centro de su vida, abre un abanico de posibilidades a los lectores, ya que el proceso que siguió es profundamente humano, con las dudas, incertidumbres, avances y retrocesos que cualquier persona puede tener, aunque subyace una mirada esperanzadora; si lo desean, todas las personas pueden avanzar y llegar a descubrir la esencia de la Verdad. De esta forma, el amor pasó a constituir la razón de ser en su vida, logrando una aproximación vital a la dimensión más excelsa, como fiel reflejo del amor que el Padre tiene por todos sus hijos, tal como se lo declaró a su novia: “Yo amo a Dios en usted, para usted, a causa de usted, y yo la amo perfectamente en Dios”<sup>12</sup>.

## 2. Enrique Salas Silva

Fue un educador chileno que contribuyó con sus obras al desarrollo de la orientación en el país. Desarrolló una activa labor educacional en beneficio de

los adolescentes menos protegidos de la sociedad chilena. Fue el primer Jefe de Orientación de Ministerio de Educación, cuando recién se había creado ese cargo, lo que significó que el ámbito de la Orientación Educativa adquiriera una mayor consideración social en el país. Desde esa función pudo impulsar el crecimiento de la educación pública, permitiendo que se ampliara el acceso a la Educación Media. Esta reforma dio acceso a la Educación Media a un gran contingente de adolescentes de clase media e hijos de obreros, los que tuvieron la posibilidad de completar sus estudios secundarios y, de esta forma, ampliar sus horizontes culturales y laborales. En este sentido, el profesor Salas fue uno de los impulsores de la democratización de la enseñanza, labor que desarrolló motivado por su fuerte sentido cristiano de la justicia social. Constató, a través de su experiencia como educador, que la formación integral de los jóvenes constituía la fuerza motriz del enriquecimiento espiritual de la persona. En alguna medida coincidió con los planteamientos generales de lo que Benedicto XVI ha denominado la caridad educativa, que al poner la caridad al centro de la labor educativa y “sostenida por la esperanza e iluminada por la luz de la fe y de la razón, es posible conseguir objetivos de la liberación integral del ser humano y de justicia universal”<sup>17</sup>.

Fueron variadas las proposiciones de cambio que Salas impulsó en el ámbito educacional, siendo la más destacada el logro de la consolidación de la labor formativa y orientadora de la institución educativa. Para tal efecto, escribió dos libros que reflejan en profundidad su pensamiento educacional, *Para qué me educo* (194(2)) y “Orientación vocacional” (1969). Propuso que si se impulsaba una adecuada elección vocacional se cumplirían los parámetros básicos de la justicia social, al otorgar una formación humana centrada en el desarrollo del potencial de aprendizaje de cada estudiante. Su hi-

pótesis señalaba que con una adecuada elección vocacional podrían generarse las condiciones formativas que impulsarían a los jóvenes a plantearse un proyecto de vida desafiante y propulsor de cambios en sus condiciones de vida. De esta forma, es factible destacar de sus planteamientos, la movilidad social como eje articulador de los cambios y mejoramientos en las condiciones de vida de los más vulnerables. Tal planteamiento estuvo muy acorde con los cambios propuestos para la educación en las políticas del país, realizados en esa época. En sus proposiciones aludió al conjunto de condiciones necesarias para incentivar el desarrollo personal de los miembros de la comunidad social, por cuanto allí radicaría el valor moral asociado a la justicia. Desde tal perspectiva, asoció la concepción de justicia con las posibilidades entregadas al ciudadano, a través de la educación, de manera que tuviera la oportunidad de alcanzar el pleno desarrollo y la realización personal. En este sentido, abordó una dinámica metodológica más intimista en el sentido de que la justicia debe partir del corazón del ser humano, como una justicia personal, basada en la autoconstrucción del joven. Esto significa que es un deber moral otorgar las posibilidades de educación a todos los niños y jóvenes. Solo a través de un pleno desarrollo de capacidades la persona estaría en condiciones de hacerse cargo de sí misma y de contribuir a la sociedad; por tanto, le corresponde a cada quien constituirse en un buen gestor y administrador de sus talentos, solo así podría cumplir las acciones de servicio a las que está llamado, acorde con su vocación.

En su devenir profesional, Salas fue clarificando la íntima relación entre justicia y educación. Concibió la educación como una forma de concretar la justicia social, lo que coincide con la concepción de caridad educativa expuesta por Benedicto XVI, en la que centra la misión educativa de la sociedad al indicar que *“la construcción de un orden social y estatal justo,*

*mediante el cual se da a cada uno lo que le corresponde, es una tarea fundamental que debe afrontar de nuevo cada generación”*<sup>17</sup>.

### **2.1 Justicia y democracia**

En el pensamiento de Salas resaltan algunos planteamientos que permiten caracterizar la relación entre justicia y democracia, aludiendo a los deberes de la educación secundaria con respecto de la misión de buscar permanentemente las formas de contribuir a concretar la igualdad de posibilidades para capacitarse, crecer y encontrar la propia vocación para servir mejor a la sociedad. Este planteamiento tiene plena vigencia actualmente y se conforma, en gran medida, en un antecedente de la actual concepción de equidad educacional. Salas destacó, como condición fundamental del desarrollo social, la necesidad de crear en los centros educacionales ambientes de armonía social que permitieran vivenciar la posibilidad de que cada persona pueda ser ella misma, y ser respetada en su individualidad y en sus derechos. Al respecto, destacó los aportes de la educación cívica en el programa de estudios de la época, señalando que *“contribuye a la formación de ciudadanos”*<sup>18</sup>, en relación con la clarificación de los deberes y derechos de la persona. El respeto por la individualidad, el reconocimiento de los derechos esenciales y que cada persona cumpla su función para la cual está preparada, pasaron a conformar sus planteamientos educacionales más preciados, cuyo sentido fue conformar una proposición educacional que facilitara la cohesión social y que coincide con lo expuesto por el Sto. Padre Benedicto XVI, quien aclarara lo relevante del ambiente educativo al señalar: *“Que todo ambiente educativo sea un lugar de apertura al otro y a lo trascendente; lugar de diálogo, de cohesión y de escucha, en el que el joven se sienta valorado en sus propias potencialidades y riqueza interior, y aprenda a apreciar a los hermanos. Que*

*enseñe a gustar la alegría que brota de vivir día a día la caridad y la compasión por el prójimo, y de participar activamente en la construcción de una sociedad más humana y fraterna*<sup>18,19</sup>.

De esta forma, la cohesión constituye una manifestación de la vivencia plena de la justicia, en la medida en que esta tiene como exigencia que *"nadie quede al margen de los beneficios"*<sup>18</sup>, ya sea por falta de medios económicos ni por carencias socioculturales, al constituir la educación un derecho esencial. Cada quien tendría que ser ayudado a través de la orientación vocacional para encontrar, en la educación, la posibilidad de desarrollar sus talentos y, con ello, contribuir a la comunidad.

También se refirió a aspectos más específicos, pero no menos importantes como la necesidad de otorgar los tiempos necesarios acorde a ritmos madurativos y de adaptación distintos. Así indicó que *"... cada persona se adapta o reacciona al mundo a su alrededor, en forma única. La personalidad resulta ser un modo de comportamiento, una forma de mantener el equilibrio entre nuestros sentimientos, impulsos, necesidades y los estímulos o situaciones que el medio ambiente nos presenta"*<sup>18</sup>. Al respecto, propuso una metodología de apropiación de los valores, en la que la justicia era el centro del quehacer educativo.

Para tal efecto, enfatizó la necesidad de ofrecer un ambiente pletórico de oportunidades, basado en actividades que incentiven las cuatro etapas del desarrollo del pensamiento que él había formulado. Con su método, hipotetizó que se podría avanzar hacia una comprensión vivencial del valor, las implicancias y proyecciones, particularmente en el ámbito de la justicia. De esta forma, señaló la necesidad de incentivar, en primer lugar, el ensueño, como libre asociación de ideas. Luego la capacidad de adoptar decisiones prácticas, seguida del desarrollo de la argumentación, como práctica discursiva de defensa y ex-

posición de las creencias personales, para finalizar con la reflexión como modo de facilitar el descubrimiento y la resolución de problemas. En este sentido, el profesor debe permitir y dar las oportunidades para que los alumnos practiquen, desarrollen y se hagan conscientes de su capacidad de pensar, específicamente a través de la resolución de problemas y conflictos vinculados con situaciones de injusticia. De esta forma, el objetivo del liceo es preparar *"buenos ciudadanos"*<sup>18</sup>, que asumen una postura crítica y creativa ante las contingencias, basada en el respeto de los derechos de los demás y de los suyos. Salas también aludió a la necesidad de convertirse en *personas buenas y felices*<sup>18</sup>. De esta forma, estableció, como exigencia básica de la educación, la creación de condiciones para posibilitar una igualdad de oportunidades acorde a intereses y capacidades de cada uno. Asimismo, destacó la necesidad de adecuar los estilos de enseñanza a las condiciones fundamentales para el desarrollo de cada grupo de alumnos. A su vez, enfatizó en la construcción de buenas relaciones al interior del establecimiento, de manera que los alumnos se reconozcan a sí mismos en esta relación armoniosa con el entorno, con el fin de ir formando la *conciencia democrática*<sup>18</sup> a través de la participación activa y el cumplimiento de roles. Al referirse al modelo de democracia que debe buscarse y experimentarse en el liceo, señaló que: *"sin embargo una democracia debe ofrecer a todos igualdad de oportunidades, educacionales y laborales, de acuerdo con sus intereses y capacidades. Lo esencial es que nadie quede al margen de este beneficio, ni por falta de medios económicos ni por carencia de establecimientos educacionales o de maestros. Cada hombre tiene derecho a desarrollar su talento y cada talento es necesario a la colectividad"*<sup>18</sup>. De esta forma, la posibilidad de asegurar el acceso a la educación es un efecto de una sociedad justa, al tiempo que se avanza hacia una mayor equidad en la medida en

que los resultados de los procesos educativos contribuyen a la consolidación cultural de la población.

## 2.2. El concepto de justicia social en la Escuela

Al concebir el establecimiento educacional como un laboratorio social se generarían las condiciones para entregar una visión de mundo organizada en torno a la justicia, tanto como orden social y como eje generador de relaciones de complementariedad fraternal y solidaria. A su vez, este entorno tendría que ofrecer las posibilidades de conocer carreras, profesiones, con el fin de descubrir la vocación de cada quien. Al igual que María Montessori, Enrique Salas se preocupó de la importancia del entorno cultural que se vive en las instituciones educacionales, al ser tal ambiente un factor de asimilación de los valores culturales, por ende, esencial para descubrir los talentos personales y, en función de estos, tomar una decisión con respecto del futuro proyecto de vida en el que es preciso considerar no solo la propia realización, sino que las formas de contribuir y retribuir a la sociedad, haciéndose eco de los principios de la justicia social. Al respecto, se destaca que Salas se basó en la concepción relacionada con la justicia social, surgida a mediados del siglo XIX, que tuvo como centro de la discusión la delimitación de un marco legal que facilitara la distribución equitativa de los bienes. Tal concepción no es solo aplicable al ámbito material, sino que también se extiende al reconocimiento de los derechos y garantías esenciales de las personas, entre los que se encuentra la educación, como uno de los derechos sociales. En este sentido, Salas profundizó en el valor formativo del ambiente educativo, al ser cuidadosamente estructurado para posibilitar la *“la convivencia armónica”*<sup>(2)8</sup> como requerimiento básico para la vivencia de justicia social en la escuela. Para ello se requiere la comprensión de algunas virtudes o lo que denominó *“in-*

*teligentes destrezas sociales”*<sup>(18)</sup> que actualmente han sido configuradas en torno a la concepción de habilidades sociales fundamentales para la vida en comunidad. Estas se aprenden y se experimentan sus efectos e impactos al interior del ámbito escolar, y *“deben estar presentes siempre en el sistema educativo, ya que a todos nos agrada ser reconocidos y respetados como personas, dotadas de una dignidad humana y sujeta de derechos. Esto significa que debemos practicar el respeto y la tolerancia hacia los demás”*<sup>18</sup>.

La consecución de los fines señalados, dice el autor, requiere la presencia de factores culturales, éticos, afectivos, organizacionales y materiales para que se pueda aspirar a un avance progresivo de todos quienes conforman la comunidad educativa, no solo los que se destaquen, sino que de todos, independientemente de la variabilidad y potencialidades de crecimiento y desarrollo, propias de la diversidad de personas. Por tanto, la democracia, basada en la justicia, implica participación de los jóvenes, y solo se puede aprehender en la práctica, con el ejercicio de ella, estando involucrados todos los estamentos del establecimiento educativo.

## 2.3. Educación, mundo del trabajo y justicia

Salas Silva destacó que la educación otorgaba una relación de reciprocidad social: Al respecto, puntualizó que *“Mayor perfección y desarrollo alcanzará un grupo social y mayor felicidad y mejor satisfacción de sus necesidades lograrán sus componentes, si esta distribución de las distintas actividades ocupacionales, es doblemente armónica, en relación con las demandas efectivas de la colectividad y con las especiales capacidades de cada uno de sus miembros”*<sup>20</sup>. En alguna medida el pensamiento de Salas se aproxima a la concepción educativa del Papa emérito, ya que destacó la relación ética que implica la labor educativa, al señalar que: *“La Iglesia propone con fuerza esta rela-*

ción entre ética de la vida y ética social, consciente de que no puede tener bases sólidas una sociedad, que mientras afirma valores como la dignidad de la persona, la justicia, la paz, se contradice radicalmente aceptando y tolerando las más variadas formas de menosprecio y violación de la vida humana, sobre todo si es débil y marginado<sup>18</sup>. Ante tal disyuntiva, la institución educativa ve en el comportamiento ético uno de sus mayores desafíos, que se enfrenta, por una parte a la necesidad de colaborar en la construcción del delicado equilibrio entre derechos y deberes, y, por otra, hacia la factibilidad de alcanzar paulatinamente una coherencia proyectada en el quehacer práctico, basada en el respeto por las garantías de los débiles y marginados. De esta forma, Salas vinculó la vivencia educativa al interior del liceo, como un ejercicio preparatorio y anticipatorio de la justicia, como un valor que “tiene que estar implícito en él”<sup>30</sup>, aludiendo al liceo. De esta forma, resaltó el compromiso de la educación, que no solo tiene la misión de incentivar el estudio y la reflexión permanente sobre la justicia, sino que en la medida de lo posible, debe asegurar que a través del descubrimiento y vivencia se internalice una concepción de justicia social que propicie el avance hacia una sociedad más justa.

Por las razones expuestas, Salas estimó que “hacer justicia”<sup>20</sup> desde la perspectiva educativa implica dar las posibilidades educativas de alcanzar la plenitud, lo que implica que cada quien pueda desarrollar sus talentos en un proceso de crecimiento circunscrito en un ambiente de calidad y equidad, a través del ofrecimiento de alternativas educacionales que permitan y estimulen la libre elección de lo que cada persona es, y faciliten la conformación de proyectos de vida, los que no solo involucran el progreso personal, sino que los posibles aportes a la construcción de una sociedad más justa y solidaria. Señaló que “es justo que aprendamos a administrar nuestros talentos, y es justo, que

en el ámbito escolar nos faciliten este proceso de descubrirlos y administrarlos”<sup>20</sup>.

### 3. Alexis Carrel

Uno de los libros que más revuelo causó a principios del siglo XX fue *La incógnita del hombre*, escrito por Alexis Carrel, médico y biólogo francés, que vivió entre 1873 y 1944. La sorpresa que causó la aparición de este libro no se debió a los contenidos científicos expuestos en relación con los procedimientos de sutura que inventó –por los que se le concedió el premio Nobel de Medicina–, sino porque fue el comienzo del cambio radical que se produciría en su vida. Sin duda que su carrera científica fue extremadamente exitosa y estuvo marcada por sucesos imprevistos que lo llevaron a realizar importantes descubrimientos, como el sentar las bases para los trasplantes a partir del procedimiento quirúrgico para suturar venas, que realizó inicialmente con vasos sanguíneos y luego con órganos. También se debe a su trabajo la creación de una solución antiséptica para desinfectar heridas, que tuvo gran importancia en la curación de muchos heridos durante la Primera Guerra Mundial. Más adelante, en el año 1930, junto con el aviador Charles Lindbergh, creó un corazón artificial, lo que prácticamente revolucionó el pensamiento científico.

En el libro antes mencionado, asumió el difícil desafío de enfrentar al lector a la realidad confusa que aqueja a la persona en medio del avance de la ciencia y de la tecnología, aun cuando en años anteriores había sido proclive a las teorías tecnocráticas y eugenésicas, en férrea defensa de los organismos mejor dotados y más fuertes; no obstante este precedente, modificó su postura y dio curso a una extensa indagación acerca de la comprensión de la naturaleza humana, que lo llevó a declarar “que lo tangible es una pequeña parte de la realidad de cada ser humano”<sup>21</sup>.

En su devenir cultural, Carrel asumió que los avances científicos y tecnológicos

adolecen de respuestas para el desarrollo espiritual del ser humano. Reconoció que el ser humano está envuelto en la paradoja de la ciencia, que no le permite avanzar hacia el real conocimiento de sí mismo, intentado responder la pregunta acerca de la incidencia de algunos factores biológicos sobre la evolución moral del ser humano, tal como lo expuso en el siguiente fragmento: “¿Acaso son mejores los niños altos y pesados que los delgados y pequeños? La inteligencia, la audacia, la viveza, la resistencia a las enfermedades no dependen de los mismos factores que el peso corporal y la musculatura. ¿Son estos aspectos verdaderamente adecuados para lograr los hombres que necesita el mundo de hoy, hombres equilibrados, con juicio recto, audacia, valor moral y resistencia? Esto lo hacemos porque tratamos con esquemas que solo contienen una parte de la realidad”<sup>21</sup>.

Los cataclismos sociales de principios del siglo XX impactaron profundamente en su visión de mundo y realizó el intento de demostrar que la riqueza cultural producida por los hallazgos científicos y tecnológicos no permitía detener los conflictos humanos. Al respecto, no tuvo inconvenientes en hacer público que la ciencia ignoraría la verdadera naturaleza del hombre, y al respecto declaró: “... pero nos hallamos aún sumergidos en el mundo creado por las ciencias de la materia inerte sin ningún respeto para las necesidades de nuestro espíritu”<sup>21</sup>. Estas afirmaciones le valieron el rechazo de sus pares y un cierto tipo de exclusión social, que lo llevaría años más tarde emigrar a Canadá; no obstante esto, perseveró en los cuestionamientos acerca de la factibilidad de la ciencia y de los métodos científicos para establecer algunas certezas básicas en torno a los resultados obtenidos en diversas experimentaciones. Al respecto señaló que “a primera vista, el método científico no parece ser aplicable al análisis de todas nuestras actividades”<sup>21</sup>.

### 3.1 Descubrimiento de la justicia trascendente

En el contexto que había creado para sus investigaciones y sin apartarse de los métodos científicos, no pudo evitar establecer un puente con la metafísica que le permitió reflexionar sobre lo no evidente, al considerar que tiene más impacto en el espíritu y el alma de la persona. A partir de ese momento, su gran meta fue intentar resolver la gran incógnita de la persona, cuyo eje constitutivo es su dignidad y que, en muchas ocasiones, se ve resquebrajada por los avatares de la civilización. La propuesta de Carrel fue establecer una perspectiva de pensamiento transdisciplinaria, en la que los aportes parciales de las ciencias y de las disciplinas permitieran dar cuenta de la integralidad de la persona. Para tal efecto, en el año 1941 creó la Fundación francesa para la investigación de los problemas del hombre, que tuvo una corta vida debido a la ruptura social producida durante la Segunda Guerra Mundial, sin embargo dio el espacio para que otros científicos pudieran considerar la posibilidad de aproximarse a una forma más amplia de concebir los aportes de la ciencia. A esa altura, era evidente que Carrel no solo había creado una filosofía del comportamiento, sino que había descubierto en su interior los requerimientos de la ley Divina, que llama a la unidad, tal como fuera explicado en *Gaudium et Spes*: “En lo más profundo de su conciencia descubre el hombre la existencia de una ley que él no se dicta a sí mismo, pero a la cual debe obedecer, y cuya voz resuena, cuando es necesario, en los oídos de su corazón, advirtiéndole que debe amar y practicar el bien y que debe evitar el mal: haz esto, evita aquello. Porque el hombre tiene una ley escrita por Dios en su corazón, en cuya obediencia consiste la dignidad humana y por la cual será juzgado personalmente. La conciencia es el núcleo más secreto y el sagrario del hombre, en el que este se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en el recinto más íntimo de

aquella. Es la conciencia la que de modo admirable da a conocer esa ley cuyo cumplimiento consiste en el amor de Dios y del prójimo. La fidelidad a esta conciencia une a los cristianos con los demás hombres para buscar la verdad y resolver con acierto los numerosos problemas morales que se presentan al individuo y a la sociedad. Cuanto mayor es el predominio de la recta conciencia, tanto mayor seguridad tienen las personas y las sociedades para apartarse del ciego capricho y para someterse a las normas objetivas de la moralidad”<sup>22</sup>.

Al respecto, Carrel interpretaría la invitación de la ley divina de manera directa bajo la concepción de la conciencia moral, al señalar que “el buen éxito de la vida individual es siempre posible a pesar de que algunos aspectos del individuo sean deficitarios, mientras que el mismo éxito es incompatible con la ausencia de una personalidad moral. Las reglas de una buena conducta de la vida individual deben, más allá del individuo, dirigirse a los otros individuos presentes y futuros. La salvación de uno no debe verificarse a costa de la salvación de otro. El éxito de la vida sobre la tierra depende del resultado de la vida de cada ser humano, del esfuerzo de cada uno... El éxito de la vida colectiva se obtiene por medio del amor fraternal, por la supresión de las clases sociales, el acceso de todos a la propiedad, la posibilidad de que cada uno pueda acceder a la vida espiritual: intelectual, estética, religiosa”<sup>23</sup>.

El cambio de paradigma de pensamiento no solo se fue gestando por las limitaciones de la investigación científica, sino que también tuvo como uno de sus orígenes la constatación de los horrores de la guerra. Estas vivencias habrían provocado en Carrel un replanteamiento de la finalidad de la ciencia y de la investigación médica, volcando su trabajo hacia lo no visible, logrando configurar una postura holística e integrativa de la ciencia, al observar la confluencia de la filosofía con el pensamiento científico. “Para adquirir un conocimiento mejor de nosotros mismos,

no basta con elegir en la masa de conocimientos que ya poseemos aquellos positivos, y hacer con ellos un inventario completo de las actividades humanas. Hace falta, (...) construir una síntesis que pueda utilizarse”<sup>20</sup>.

En este sentido, se propuso como objetivo encontrar una modalidad explicativa que permitiera acercarse a la búsqueda de respuestas a la desintegración física, social, moral y psicológica a la que se enfrentaba el ser humano en situaciones bélicas, generadas por tendencias políticas avasalladoras, como sucedió con el fascismo nazi. Sin duda que la influencia de pensadores como Bergson, Maritain, Pasteur, Enstein y Huxley lo llevaron a conformar un estilo de pensamiento de alta complejidad, y también más cercano al humanismo cristiano.

Paulatinamente se hizo evidente para Carrel la incidencia de algunos principios inmanentes que no estaban asociados precisamente con la dotación biológica, sino con la presencia y efectos de una regulación natural basada en la dignidad y en la libertad del ser humano y que de ser respetados, otorgarían una dinámica más justa a las relaciones humanas.

La observación de las leyes naturales pavimentó el camino hacia la construcción de una concepción sobre la justicia trascendente, y cómo esta favorece a todos, al estar presente la fe. Al respecto, diría: “las leyes naturales difieren profundamente de las leyes hechas por el hombre. Las primeras nacen de un descubrimiento y no, como las segundas, de una invención. Como el manantial va a perderse en un pozo preexisten al descubrimiento”<sup>23</sup>. Más adelante puntualizó: “... las leyes naturales son universales e inexorables. En todo país, sin excepción, nadie puede desobedecerlas impunemente. Nunca advierten a quienes las transgreden; el castigo es tan silencioso como el precepto. Son leyes eternas; por el contrario, las convenciones sociales son siempre transitorias”<sup>23</sup>. Advirtió las limitaciones de la inteligencia para

intentar asir el misterio de la vida: *“La inteligencia no comprende la vida, es el sentimiento el que nos pone en contacto con las realidades más profundas, en nosotros mismos y en los demás”*<sup>23</sup>.

Fue descubriendo que las leyes naturales ponen en igualdad de condiciones a los seres humanos, al estar unidos por la filiación divina y que cada quien tiene la libertad de responder al llamado implícito y lo puede hacer a través de la oración. Al respecto, señaló: *“El influjo que la oración ejerce sobre el espíritu y el cuerpo del hombre puede demostrarse con tanta facilidad como la secreción de sus glándulas, sus efectos se miden por un aumento de energía física, de vigor intelectual, de fuerza moral y por una comprensión más profunda de las realidades fundamentales”*<sup>23,24</sup>. Más adelante añadiría: *“El que se habitúa a orar con sinceridad, siente pronto cómo su vida queda profunda y claramente transformada.”*

*La oración marca con su sello indeleble las acciones y los modales del hombre... La oración es una fuerza tan real como pueda serlo la gravitación universal. En el ejercicio de mi profesión he visto a muchos hombres hacerse superiores a la enfermedad y a la depresión que la acompaña, cuando habían ya fracasado todos los recursos de la terapéutica, gracias al esfuerzo sereno de la oración”*<sup>25</sup>.

La evolución de su pensamiento habría tenido un momento cúlmine cuando tuvo la posibilidad de presenciar la curación de una joven enferma. En 1902, fue parte de un grupo de peregrinos que se trasladaron a Lourdes para asistir a la celebración de la aparición de la Virgen y la manifestación de curaciones de diversas enfermedades que allí ocurrían. Marie Bailly, la joven desahuciada debido a una peritonitis tuberculosa, que hacía imposible su recuperación, al visitar Lourdes se curó completamente. Ante tal situación, Carrel se conmovió profundamente y dio testimonio escrito del milagro, ya que era humanamente imposible que la medicina hubiese

podido provocar tal sanación. Al respecto comentó: *“Hay una paciente que está más cerca de la muerte en este momento que cualquiera de los otros. He sido llamado al lado de su cama numerosas veces. Esta desafortunada chica está en las últimas etapas de una peritonitis tuberculosa. Conozco su historia. Toda su familia murió de tuberculosis. Ella ha tenido úlceras tuberculosas, lesiones de los pulmones, y ahora, en estos últimos meses, unas peritonitis en estado muy grave, yo tuve que darle morfina en el viaje. Ella puede morir en cualquier momento. Si un caso como el suyo se curara sería realmente un milagro. Nunca dudaría de nuevo... Su condición se deteriora constantemente. Si ella llegara a casa de nuevo con vida, eso de por sí sería un milagro... Ella está condenada. La muerte está muy cerca. Su pulso es muy rápido, de 150 pulsaciones por minuto, e irregulares. El corazón está apagándose...”*<sup>26</sup>. El relato es elocuente y Carrel tuvo la oportunidad de constatar científicamente la curación de esta joven y así dar testimonio de la veracidad de las curaciones milagrosas que allí sucedían.

La inquietud que lo había impulsado a cuestionar la naturaleza de la ciencia y de sus métodos, le permitió aproximarse a la factibilidad de proponer los efectos del desarrollo espiritual, alcanzado a través de la oración, como tenía ocurrencia en los casos de curaciones milagrosas, independientemente de las limitaciones físicas que presentaban los enfermos. Al maravillarse con el poder de la oración, señaló: *“La oración es un acto propio del hombre maduro que es indispensable para el completo desarrollo de la personalidad”*<sup>35</sup>. Aunque pudo observar científicamente los cambios que se producían en algunos casos específicos de curaciones milagrosas, no pudo constatar la forma y los procesos en que estos ocurrían. Esto lo llevó a una humilde aceptación acerca de la naturaleza extraordinaria de la oración, y dejó constancia de esto al señalar que *“solo acostumbándose a ello (a orar)*

la oración influye sobre el carácter. Es, por lo tanto, necesario rezar con frecuencia”<sup>35</sup>. Las interrogantes que emergieron de los procesos empíricos de tales intentos de comprobación de las sanaciones milagrosas facilitaron que abriera su mente y su espíritu hacia la dimensión trascendente, comprendiendo que sin fe la sociedad se enfrentaba a un desmoronamiento. Recalcó en este sentido que *“la atrofia de estas actividades fundamentales convierte al hombre moderno en un ser completamente ciego, y esa enfermedad no le permite ser un buen elemento constitutivo de la sociedad. Y a la mala calidad del individuo debemos atribuir el desmoronamiento de nuestra civilización”*<sup>25</sup>.

De esta forma, llamó la atención hacia las claves de la formación humana: *“(…), en primer lugar, cultivar la inteligencia. En cuanto a las actividades no intelectuales del espíritu, como el sentido moral, el sentido de lo bello y, sobre todo, el sentido de lo sagrado, son despreciadas en forma casi completa. (...) De hecho, lo espiritual se hace tan necesario para el éxito de la vida como lo intelectual y lo material. Por tanto, es urgente hacer renacer en nosotros mismos aquellas actividades mentales que, más que la inteligencia, dan fuerza a nuestra personalidad. Y la más ignorada de entre ellas es el sentido de lo sagrado, el sentimiento religioso. El sentido de lo sagrado se expresa, sobre todo, por la oración. La oración, como el sentido de lo sagrado, es, evidentemente, un fenómeno espiritual. Pero, encontrándose el mundo espiritual fuera del campo de nuestras técnicas, ¿cómo debemos, entretanto, adquirir un conocimiento positivo de la oración”*<sup>25</sup>.

Asumió que lo tangible era solo una parte del proceso de crecimiento humano. Al respecto declararía: *“la ciencia ha avanzado muy poco en el campo de la telepatía, fenómenos místicos, y de la oración, de la educación, de la intuición, de arte, de la voluntad”*<sup>25</sup>.

Acorde a lo señalado, cabe destacar que paulatinamente fue construyendo una concepción de igualdad ante la vida, desechando su hipótesis inicial acerca de la prevalencia de los mejor dotados bilógicamente. Reconoció la existencia de la riqueza inestimable del espíritu, que lo acercó a una concepción de justicia más cercana al cristianismo, asumiendo una férrea defensa de los principios que apoyan el derecho a la vida. Al respecto destacó: *“Los hombres no pueden seguir adelante el curso actual de la civilización moderna. Porque están degenerando. Se han dejado fascinar por la belleza de las ciencias de la materia inerte. No han comprendido que sus cuerpos y su conciencia están sujetos a leyes naturales, más oscuras, pero tan inexorables como las leyes del mundo sideral. Tampoco han comprendido que no pueden transgredirse estas leyes sin sufrir las consecuencias. Por eso tienen que aprender las relaciones necesarias, que les unen con el Universo Cósmico, con sus semejantes, con su íntimo ser, así como las relaciones de sus tejidos y de su espíritu”*<sup>25</sup>.

## CONCLUSIONES

La educación de los jóvenes en la justicia y la paz emerge como una necesidad inmediata que está en el trasfondo de la compleja relación antropológica entre justicia, caridad y fe. Comprender los derechos del otro, en el sentido de la alteridad, involucra reconocerlo en su dignidad de hijo de Dios, que forma parte de la misma familia humana, independientemente de las etnias, condiciones socioculturales, económicas y etarias. Al avanzar hacia la caridad, también se va concretando la justicia. De esta forma, la comprensión del sentido antropológico de la caridad involucra hacerse consciente de la dualidad, vivir bajo la acción redentora del Señor, elegida libremente o perderse en la materialidad. Bloy lo expresó en su estilo: *“Soy un peregrino del Santo Sepulcro. Eso y nada más. La vida no tiene otro objeto, y*

*lo que más ha honrado a la razón humana es la locura de las cruzadas. Antes del cretinismo científico, los niños sabían que el sepulcro del Salvador es el centro del universo...<sup>13</sup>.*

Consecuentemente, educar en la justicia, centra el quehacer educativo en *“el uso recto de la libertad es, pues, central en la promoción de la justicia y la paz, que requieren el respeto hacia uno mismo y hacia el otro, aunque se distancie de la propia forma de ser y vivir. De esa actitud brotan los elementos sin los cuales la paz y la justicia se quedan en palabras sin contenido: la confianza recíproca, la capacidad de entablar un diálogo constructivo, la posibilidad del perdón, que tantas veces se quisiera obtener pero que cuesta conceder, la caridad recíproca, la compasión hacia los más débiles, así como la disponibilidad para el sacrificio”<sup>27</sup>.*

Los desafíos antes señalados mueven a intentar proponer una pedagogía de la justicia caritativa, que busque consolidar una formación espiritual, mediante la evangelización y la inculturación de los valores cristianos, que, en términos concretos, implica avanzar hacia una cultura de la paz, en la que la justicia alcanza su dimensión más profunda como eje promotor de relaciones de gratuidad, de misericordia y de comunión, bajo las enseñanzas de Jesús, tal como lo ha expresado el Papa emérito Benedicto XVI al enfatizar que *“los cristianos creemos que Cristo es nuestra verdadera paz en Él, en su muerte en la cruz ha traído la reconciliación con Dios, ha reconciliado consigo al mundo y ha destruido las barreras que nos separaban a unos de otros (cf. Ef (2),14-18). Solo a través de Él, formamos una única familia, reconciliada en el amor”<sup>26</sup>.* En consecuencia, estamos llamados a ser constructores de la paz, lo que implica, entre otros aspectos, *“conocer y vivir la compasión, la solidaridad, la colaboración, la fraternidad”<sup>27</sup>.* Y el llamado es para todos y particularmente para los jóvenes, *“de modo particular a los jóvenes, que mantienen siempre viva*

*la tensión hacia los ideales, a tener la paciencia y constancia de buscar la justicia y la paz, de cultivar el gusto por lo que es justo y verdadero, aun cuando esto pueda comportar sacrificio e ir contracorriente”<sup>27</sup>.*

En consonancia con lo expuesto, es factible concluir que los tres pensadores estudiados –León Bloy, Enrique Salas y Alexis Carrel– pueden constituir un camino de acercamiento pedagógico a la vivencia de los valores fundamentales que están implicados en la educación en la justicia, considerando esta como núcleo conceptual generativo, ya que permite una integración vinculante con el amor, la solidaridad, la compasión, la misericordia, el respeto y el recto uso de la libertad. Tal como se expuso anteriormente, en sus vidas y en sus obras pusieron de manifiesto que la justicia, al ser la primera exigencia de la caridad, lleva a la comprensión profunda de las personas tanto en sus derechos y deberes. Tal comprensión radica en el reconocimiento de la fraternidad que une a todas las personas, al ser hijos de un mismo Padre y que están llamados a avanzar cada vez y más profundamente hacia la convivencia fraternal, la que, a su vez, permite el crecimiento en la fe. Tanto Bloy como Salas y Carrel permiten asimilar que *“la justicia no es algo desencarnado. Hunde necesariamente sus raíces en la coherencia humana. Una caridad que no respete la justicia y el derecho de todos, es errónea. Animo a los cristianos, pues, a ser ejemplares en lo que toca a la justicia y la caridad” (cf. Mt 5,19-(2)0)<sup>27</sup>.*

Los tres autores avanzaron hacia la promoción de la dignidad humana a través del establecimiento de relaciones de gratuidad, de misericordia y de caridad con quienes se relacionaron directamente, a pesar de las dificultades, exclusiones y dilemas que debieron enfrentar. Los testimonios que ofrecen constituyen verdaderos puentes pedagógicos para que otras personas también puedan estar y sentirse acompañadas en el camino de evolución espiritual. Es interesante animar a los

educadores a integrar en las actividades de docencia las biografías y obras de los mencionados pensadores, ya que dan la oportunidad de establecer un diálogo cultural acerca de los modos de desarrollar una vivencia plena de la justicia, como valor fundamental de vida cristiana.

En suma, demostraron que es factible encarnar alguna dimensión y algunos valores de la justicia, al poner al servicio del ser humano los talentos propios, como manifestación de la fe en Dios, ya sea en el ámbito de la justicia social, la fraternidad, la caridad o la relación entre justicia y democracia. Por diferentes caminos llegaron a establecer que la esencia del desarrollo de la justicia, parte en el corazón de cada persona.

#### REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- 1 Platón. Diálogos. Obra completa. Volumen IV. República. Madrid: Editorial Gredos; 2003.
- 2 Aristóteles. *Ética A Nicómaco*. Edición bilingüe y traducción por María Araujo y Julián Marías. Introducción y Notas de Julián Marías. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1970.
- 3 Santo Tomás de Aquino. Summa Theologiae II-II, q.58, a.1
- 4 Benedicto XVI Educar a los jóvenes en la justicia y la paz. Homilía 1 de enero de 2012. Jornada Mundial de la Juventud. [INTERNET] Disponible en [http://www.vidimusdominum.org/es/index.php?option=com\\_docman&task=cat\\_view&gid=14&limit=10&order=date&dir=ASC&Itemid=13](http://www.vidimusdominum.org/es/index.php?option=com_docman&task=cat_view&gid=14&limit=10&order=date&dir=ASC&Itemid=13)
- 5 San Agustín. Confesiones 3, IV; pp. 161-163. 1947
- 6 Benedicto XVI. Mensaje para la Celebración de la XIV Jornada Mundial de la Paz. [INTERNET]. Vaticano. 2012. Disponible en: [http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/messages/peace/documents/hf\\_ben-xvi\\_mes\\_\(2\)0111\(2\)08\\_xlv-world-day-peace\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/messages/peace/documents/hf_ben-xvi_mes_(2)0111(2)08_xlv-world-day-peace_sp.html)
- 7 Lévinas E. El tiempo y el otro. Barcelona: Paidós; 2004.
- 8 Benedicto XVI. Carta Encíclica Caritas in Veritate [INTERNET] Vaticano. 2009. Disponible en: [http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/encyclicals/documents/hf\\_ben-xvi\\_enc\\_\(2\)00906\(2\)9\\_caritas-in-veritate\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/encyclicals/documents/hf_ben-xvi_enc_(2)00906(2)9_caritas-in-veritate_sp.html)
- 9 Benedicto XVI. La solidaridad y la subsidiariedad auténticas. Discurso a la Pontificia Academia de las Ciencias Sociales. 14ª Sesión Plenaria. Vaticano. 2010(2). Pontificia Academia de las Ciencias Sociales. [INTERNET] Disponible en: [http://www.zenit.org/article-\(2\)7188?l=spanish](http://www.zenit.org/article-(2)7188?l=spanish)
- 10 Bloy L. El mendigo ingrato. Diario del autor. 189(2)-1895. Buenos Aires: Editorial Mundo moderno; 1953.
- 11 Bloy L. Dedicatoria del libro La que Lloro, a su ahijado Pedro Termier, Buenos Aires: Mundo Moderno; 1947.
- 12 Bloy L. Cartas a mi novia. Granada: Editorial Nuevo Inicio. Traducción, prólogo y notas de Manuel Ballester; 2008.
- 13 Bloy L. Mi Diario. Buenos Aires: Editorial Mundo Moderno; 1947.
- 14 Maritain R. Las aventuras de la gracia. Las grandes amistades II. Buenos Aires: Ed. Desclée de Browuer; 1945.
- 15 Bloy L. La mujer pobre. Buenos Aires: Mundo Moderno; 1946.
- 16 Bloy L. La sangre del pobre. Buenos Aires: Ed. Difusión; 1971.
- 17 Benedicto XVI. Urge formar laicos en doctrina social de la Iglesia. [INTERNET] Vaticano. 2012. En <http://www.aciprensa.com/noticias/benedicto-xvi-urge-formar-laicos-en-doctrina-social-de-la-iglesia/#.UU0edhxhWSo>
- 18 Salas E. Orientación vocacional. Santiago: Editorial Universitaria; 1969.
- 19 Benedicto XVI. Mensaje para la Celebración de la XIV Jornada Mundial de la Paz. [INTERNET] Vaticano. 2012. Disponible en: <http://directoriatolicord.com/noticias/579-mensaje-de-su-santidad-benedicto-xvi-para-la-celebracion-de-la-xlv-jornada-mundial-de-la-paz>
- 20 Salas E. Para qué estudio. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, 1942.
- 21 Carrel A. La incógnita del hombre. México: Editores Mexicanos Unidos; 1990.
- 22 Constitución Conciliar Gaudium et Spes, Sobre la Iglesia en el mundo actual. [INTERNET] Roma. 1965. Disponible en: [http://www.vatican.va/archive/hist\\_councils/ii\\_vatican\\_council/documents/vat-ii\\_const\\_19651\(2\)07\\_gaudium-et-spes\\_sp.html](http://www.vatican.va/archive/hist_councils/ii_vatican_council/documents/vat-ii_const_19651(2)07_gaudium-et-spes_sp.html)

- <sup>23</sup> Carrel A. La conducta en la vida. Buenos Aires: Editorial Guillermo Kraft; 1951.
- <sup>24</sup> Carrel A. Reflexiones sobre la vida humana. París: Plon; 1950.
- <sup>25</sup> Carrel A. La oración. Su poder y efectos curativos vistos por un fisiólogo. Madrid: Imprenta Orellana; 1946.
- <sup>26</sup> Carrel A. Viaje a Lourdes, seguido de Fragmentos del Diario y Meditaciones. Barcelona: Editorial Iberia; 1949.
- <sup>27</sup> Benedicto XVI. Exhortación Apostólica Postsinodial *Africae Munus*. [INTERNET] Vaticano. 2008. Disponible en: [http://www.vatican.va/holy\\_father/benedict\\_xvi/apost\\_exhortations/documents/hf\\_ben-xvi\\_exh\\_\(2\)01111119\\_africae-munus\\_sp.html](http://www.vatican.va/holy_father/benedict_xvi/apost_exhortations/documents/hf_ben-xvi_exh_(2)01111119_africae-munus_sp.html)